
El anuncio de resurrección desde María Magdalena

*María del Socorro Vivas A. **

Me propongo presentar a María Magdalena como primera mujer portadora del anuncio de resurrección; para ello parto de algunos antecedentes como son: la actitud de Jesús en la primera comunidad conformada por hombres y mujeres, los datos comunes de María Magdalena en los cuatro evangelios, la fe de las mujeres, y el ejemplo de ellas en el seguimiento a Jesús; el grupo de seguidores de Jesús. Todo esto nos ayudará para presentar la función de la mujer María Magdalena, en el Calvario y en el anuncio posterior.

1. JESÚS EN LA COMUNIDAD FUNDADA POR ÉL

Jesús, en la comunidad fundada por él, no dejó una enseñanza específica sobre las mujeres, pero sí adoptó ante ellas una actitud tan nueva que asombró a los propios discípulos (Jn 4,27). Es posible que por respeto a Jesús, los discípulos no insistieran en lo que esta actitud les incomodaba para los hombres de esa época, pero lo que sí es cierto, es que la actitud que Jesús asumió ante ellas, fue totalmente nueva.

Era tan difícil defender y proclamar la gloria de Jesús frente a los condicionamientos de sus adversarios que no había más salida que elegir los temas para insistir en lo esencial y no provocar, con la cuestión de las mujeres uno de esos clamores irritados que tan bien conocían los predicadores del evangelio que el apóstol Pablo tuvo que soportar en Atenas (Hech 17, 32-34).

* Candidata al Magister en Teología por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana de Santafé de Bogotá. Docente en la Facultad de Teología de la misma Universidad Javeriana.

Y las mujeres a su vez también adoptaron una actitud diferente ante Jesús, una actitud de discipulado. Así la presenta Marcos en su evangelio, como paradigma del auténtico discípulo, aquella persona que entendió, y puso en práctica lo que Jesús le pidió: el seguimiento a él, hasta la entrega de la propia vida. La mujer que unge a Jesús y quiebra un frasco de perfume caro. Su acción no es comprendida por los presentes que la califican como perdida. Este término es utilizado por Marcos solamente en 14, 8 y da clave interpretativa de la acción. En 8, 35, después de la primera predicación de la pasión, apareció en boca de Jesús un verbo relacionado con este sustantivo, generando una reacción de incompreensión en las personas que lo escucharon prometer que quien gastara su vida por él y el evangelio la salvaría.

La manera ejemplar de presentar esta acción está resaltada literalmente por Mc al contrastar el comportamiento de la mujer, que entra con un frasco de esencia costosa para ofrecérsela a Jesús (14,3) ungiéndolo y reconociendo en él al Mesías. El comportamiento de Judas se narra en seguida (14,10). Este sale para entregar a Jesús por una suma de dinero, sumándose al grupo de personas que no aceptan a Jesús y forman parte del plan para terminar con su vida.

Esta mujer es presentada por Marcos como ejemplo del verdadero discípulo de Jesús. La entrega de su propia vida es simbolizada en la acción de quebrar el frasco de esencia. El reconocimiento de su acción muestra que debe ser tomada como ejemplo, y es puesto en palabras por el propio Jesús: «Dejadla porque ha hecho una obra buena... Donde quiera que se proclame el evangelio en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho, para memoria suya» (Mc 14,9). La interpretación de su expresión en relación con: «Ha hecho lo que ha podido. Se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura» (Mc 14,8), le da mayor profundidad; la entrega en el servicio a Jesús y al evangelio es hasta el final.

La mujer y su expresión de autodonación, puestos al inicio de la pasión, simbolizan de manera clara hasta dónde debe llegar la entrega. Son un anuncio previo del final de Jesús y señalan que todo aquel que esté dispuesto a seguirlo debe hacer lo mismo. Un seguimiento que deberá desafiar el sin sentido de la pasión y muerte. María Magdalena, con su gesto de autodonación, está colaborando y acompañando, en alguna manera, a Jesús en la última parte de su misión. También este hecho está anunciando lo que se desvelará en su auténtico significado más adelante; únicamente al final alcanza el sentido profundo que Marcos deja vislumbrar en el gesto y en las palabras de Jesús. Y es, exactamente en el momento de la visita a la tumba que realizan María Magdalena y sus compañeras, donde Marcos vuelve a retomar el tema.

Sólo Juan estuvo ahí presente y nadie sabe lo insoportable que puede ser ver el dolor de quien se ama tanto y sufre el suplicio más injusto de la tierra. Los que estaban ahí, de un modo u otro habían recibido algún beneficio por parte de Jesús: un pariente curado, una palabra de aliento, un trozo de pan al atardecer y muchas buenas noticias. A pesar de ello lo llevaban zarandeado, golpeado y despreciado. María Magdalena no fue indiferente a este dolor; con un gesto apoyó y acompañó, en alguna manera, a Jesús en la última parte de su misión.

Las mujeres que siguieron a Jesús hasta el final – y María Magdalena encabeza la lista,– comprendieron que el entregar la propia vida, como lo hizo Jesús, no es un gesto inútil.

2. ANTECEDENTES GENERALES DE LOS CUATRO EVANGELIOS

En los evangelios, el hecho marcado es que las mujeres forman parte de la comunidad del reino convocado por Jesús. Esta comunidad no es masculina como la de los rabinos. Es una comunidad conformada por mujeres. Ellas no son aquí beneficiarias accidentales de los milagros de Jesús. El evangelio tiende a presentarlas incluso como beneficiarias privilegiadas de tales milagros.

No se trata de un feminismo en el sentido moderno de insurrección liberadora de las mujeres, sino de una mirada que reconoce su existencia y toma nota de ella. Esta promoción de la mujer no es más que un aspecto particular de los evangelios en cuanto buena nueva anunciada a esos pobres que constituyen el objeto prioritario de la liberación de Jesús: los desterrados, excluidos y marginados, entre los que se encuentran las mujeres y niños, los paganos y los pecadores. Si Jesús hace de ellos los miembros privilegiados de la comunidad de los hijos de Dios, no es porque practiquen una especie de masoquismo ni porque prefiera lo malo a lo bueno, lo feo a lo bello, sino porque descubre en ellos los valores ignorados.

El hecho fundamental de que las mujeres forman parte de la comunidad del reino como miembros en pleno derecho está atestado en los cuatro evangelios.

Es así como las mujeres aparecen en los momentos más definitivos de la vida de Jesús. El evangelio nombra a María Magdalena en tres momentos específicos: la muerte (Mc 15,40), la sepultura (Mc 15,47), y la resurrección (Mc 16,1). Los tres momentos están subrayando el oficio de testigo que tiene María Magdalena, al igual que sus compañeras.

María Magdalena, es presentada como la persona, como la auténtica «discípulo» de Jesús, perteneciente al grupo de los que lo siguieron desde Galilea, compartiendo su camino, aprendiendo lo que significaba ser un seguidor suyo y tratando de encarnar los valores del reino predicados por Jesús, entre ellos el servicio y la disponibilidad.

Esta mujer pertenece al grupo de discípulos que siguieron a Jesús hasta el final, asumiendo sus mismas actitudes. Aunque Jesús tenía gran grupo de discípulos que lo seguían, en el momento crucial de su muerte, casi todos lo habían abandonado. Jesús sentía que alguien debía continuar su tarea, por eso unos minutos antes de morir le pidió a María que se quedara con el grupo de seguidores, como Madre, como Maestra, y dijo con el grupo de seguidores, porque en Juan estaban representados todos.

Han pasado años. Todos nosotros lo hemos visto resucitado y nuestra alegría ha sido colmada, pero hoy, sigue invitándonos a colmar su tarea, sigue buscando socios para esta empresa que consiste en anunciar la buena noticia a los pobres, anunciar la libertad a los cautivos, devolver la luz a los ciegos, poner en libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.

3. LA FE DE LAS MUJERES

El grupo de mujeres-discípulos de Jesús aparece claramente en dos episodios fundamentales: el Calvario y la resurrección.

En Marcos, las mujeres que van al sepulcro en la mañana de Pascua no hacen otra cosa que «salir huyendo del temblor y desconcierto que les entró» (Mc 16,8).

Mateo, también habla de ese miedo, pero lo describe como un temor análogo al de Moisés y los profetas ante la presencia de Dios, agrega que las mujeres, «con mucha alegría, se marcharon a toda prisa del sepulcro y corrieron a anunciárselo a los discípulos» (Mt 28,8). Este reconocimiento del testimonio de las mujeres está en oposición con Mc 16,8, donde se lee que «no dijeron nada del miedo que tenían».

Però Lucas no habla del miedo. Presenta a las mujeres como prototipo de valor y coraje, Contrapone la fe de las mujeres, como primeros testigos del sepulcro vacío, a la incredulidad de los apóstoles, «los que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas.

Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no creían» (Lc 24, 10-11). La poca valoración recae aquí sobre los apóstoles y no sobre las mujeres.

La interpretación de Lucas, confirmada por Marcos y Juan, encuadra mejor con el hecho mejor atestiguado por los cuatro evangelistas: Las mujeres fueron las primeras en llegar al sepulcro. Fueron las más fieles, las más valerosas. Su temor no es pusilanimidad, sino una actitud religiosa normal ante el Dios invisible, fenómeno clásico en la Biblia y en la experiencia actual¹.

La iniciativa de la presencia de las mujeres en el Calvario y en la resurrección hace énfasis en lo que Lucas dice sobre ellas desde el comienzo de su evangelio: La actitud activa de María en la anunciación, su temor acompañado de una deliberación. La pregunta de María es aceptada y tomada en cuenta, mientras que la de Zacarías es rechazada y castigada. El díptico de los dos anuncios de Lc 1 desconoce la norma paulina de que las mujeres deben guardar silencio en la iglesia. El sacerdote, reprendido por hablar ante el mensajero de Dios, se ve reducido al silencio, y es castigado por la mudez en el templo en que oficia (Lc 1,20). En cambio, la pregunta de María recibe una respuesta que constituye el centro del mensaje (Lc 1, 35). María se convierte en la Madre del Mesías Hijo de Dios mediante un seguimiento libre y deliberado, aceptando activamente ser la esclava del Señor (Lc 1, 38 y 48). María no aparece en actitud pasiva como en Mateo (1, 20, 24; 2, 13. 14. 20. 21), sino que asume activamente la venida del Hijo de Dios.

Isabel, otra mujer, precede a María en el ejercicio del don de la profecía (Lc 1, 42-45): «Bendita tú entre las mujeres...» María profetiza a continuación cantando el Magnificat. Este himno basado en textos del Antiguo Testamento que expresaban ya la revolución de Dios, sobrepasa a todos ellos en fuerza y coherencia. Es significativo que la riqueza (Lc 1,53) de este mundo esté en boca de una mujer, la sierva del Señor, que, por ser mujer, carece de ciencia, poder y posesiones.

Más adelante es Isabel quien da el nombre a Juan Bautista. El padre, Zacarías, mudo e impotente según el relato de Lc 1-2, no lo confirma sino posteriormente (Lc 1,62). El profetiza más tarde, después que las mujeres (Lc 1, 67-69).

Más adelante, Ana, presentada concretamente como «profetisa», reconoce al Mesías. Luego lo hace Simeón: el profetismo es a la vez femenino y masculino.

1. HAUGHTON, R., «Jesús y las mujeres: una revolución ignorada» en *Concilium* 16 (154), 1980, p.97.

María reaparece finalmente en el episodio que conforma la conclusión del evangelio de la infancia: el hallazgo de su hijo. Este pasaje contiene ya todos los temas que reaparecerán al final del evangelio: Jesús perdido y hallado en Jerusalén, su retorno al Padre, el misterio Pascual... La pregunta de Jesús a María: ¿Por qué me buscáis? recuerda la de los dos ángeles a las piadosas mujeres: ¿por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Tanto en la primera pascua como en la segunda se busca a Jesús. La pregunta no es un reproche, pues Lucas precisa que «María conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón» (2,21) no pasivamente, como el hombre de la parábola que entierra su talento, sino activamente.

4. LAS MUJERES COMO EJEMPLO DE SEGUIMIENTO A JESÚS

Hay un grupo de mujeres, sin identificación, que surgen de entre la multitud y son protagonistas de cuatro episodios en la vida de Jesús.

Marcos presenta cuatro virtudes o «*chreias*» sobre mujeres particularmente importantes para comprender lo que significa ser discípulo. Ellas son: la hemorroísa (5, 23-34); la mujer siro-fenicia (7, 24-30), la viuda pobre (12, 41-44); la mujer que unge a Jesús (14, 3-9), cada una de ellas encarna una virtud específica.

La mujer con flujo de sangre (Mc 5, 25-34)

Esta mujer aparece de la multitud que rodea a Jesús, ella se acerca a él a pesar del miedo y de las presiones sociales del momento por su enfermedad era considerada impura. Y el tocar a otra persona equivalía a contaminarla. Hacer esto con un Rabbí, le podía traer graves consecuencias; pero a pesar de ello, esta mujer se arriesgó, confió y creyó en Jesús, se acercó y tocó su manto. La fe es profunda y activa, dio testimonio valiente de su fe, asumió las posibles consecuencias de su acción. Obtuvo vida y salvación.

La mujer siro-fenicia (Mc 7, 24-30)

La fe de esta mujer es atrevida, reta a Jesús, discute con él, lo presiona para que asuma una posición ante el tema de los gentiles, a él que había entrada en una casa para que «nadie lo supiese» (Mc 7, 24). Su actitud valiente, decidida y tan poco «convencionalmente femenina», abre la posibilidad de la segunda multiplicación de los panes y de los peces, esta vez en tierra pagana. Su actitud lleva no sólo a la salvación y la vida para su hija sino el alimento de Jesús para muchas de las personas

de suelos paganos (Mc 8, 1-8). Esta mujer, es de mentalidad abierta, que interpretó a profundidad el espíritu de Jesús de Nazaret y se atrevió a retar la letra de la costumbre y a proponer el abandono del camino trillado para abrir a los paganos la posibilidad de participar en la mesa y el anuncio del evangelio.

La viuda pobre (Mc 12, 41-44)

Esta mujer es protagonista de una historia de pronunciamiento, clasificada dentro del subgrupo mandato-corrección.

En contraposición a los ricos que echaban dinero en el templo (v, 41), de esta viuda se dice que «entregó un cuarto de as», «todo lo quería para vivir». Su gesto implica autodonación total, algo que sólo se dice de Juan el Bautista y de Jesús. Ella cumplió lo que Jesús puso como condición central del seguimiento: la donación de la propia vida por él y por el evangelio.

Esta historia está en fuerte contraste con la perícopa anterior (Mc 12, 38-40), donde Jesús critica a los escribas a los que les gusta ser los primeros, y utilizan a Dios para enriquecerse a costa de los débiles, por ejemplo de las viudas,; y esta mujer, viuda, precisamente, en cambio entrega su vida a Dios, para el pueblo de Israel presente en su pueblo. Jesús con sus palabras corrigió la lectura social que, por lo general se hacía de los valores económicos. La actitud de esta mujer es la ejemplificación de la lectura propuesta por Jesús.

La mujer que unge a Jesús (Mc 14, 3-9)

Esta es la primera perícopa después del discurso escatológico del capítulo 13, donde se anuncia la llegada del nuevo orden y la desaparición del antiguo. Entre otras cosas, la destrucción del templo.

Como la viuda pobre, la mujer de Betania hace autodonación de su vida a Jesús. «Gasta» su vida en un gesto de reconocimiento. Jesús es la nueva presencia de Dios entre su pueblo, y así la acción de la mujer es profética, al reconocer en Jesús la presencia salvadora de Yahvé que hasta entonces se había creído segura en el templo.

Se puede decir que cuando María Magdalena y sus compañeras aparecen nombradas por primera vez a los pies de la cruz (15,14), aunque narrativamente no se ha dicho

nada concreto sobre ella, se puede pensar en una anticipación metafórica de sus actitudes.

Esto ocurre, en las narraciones de aquellas mujeres que simbolizaban en sus acciones, los rasgos del auténtico discipulado sugerido por Jesús: la autodonación en el seguimiento hasta el final, la fe afectiva y valiente que da testimonio sin temor a las consecuencias, que salta normas paralizantes y logra vida, la audacia misionera y fiel al espíritu de Jesús, más que a la letra.

En 15, 40-41, el discipulado y el seguimiento a Jesús son encarnados y atribuidos a unas mujeres concretas: María Magdalena y sus compañeras. Ellas lo han vivido desde el principio, y ahora, al final son nombradas, haciendo énfasis en su identidad como discípulas.

5. MARÍA MAGDALENA, SEGUIDORA DE JESÚS

El evangelio de Lucas, se atreve a presentar a las mujeres como discípulas de Cristo. Es un hecho que ya estaba testimoniado con claridad: «Estaban allí mirando desde lejos muchas mujeres que habían seguido a Jesús para servirle» (Mt 27,55).

Lucas hace (Lc 8,13): «Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con sus bienes».

Jesús llama sin hacer distinción de personas. La acogida que Jesús hace a las mujeres y el valor que les concede públicamente se inscribe dentro del marco general de la promoción evangélica de los pobres, incluidos los pecadores y pecadoras; pero vale la pena hacer la distinción entre los pobres que Jesús acaba de curar mediante una conversión y los pobres de corazón, ya convertidos y totalmente orientados hacia el reino, que, según Lc 1-2, son María, Isabel, Ana y sin duda, las dos últimas mujeres mencionadas en Lc 8, 1-3: aquellos en quien Dios se complace porque viven los valores verdaderos del reino.

Entre este grupo de mujeres está María Magdalena, donde Jesús resucitado parece estar en el origen del anuncio de resurrección, de la interpretación recibida por esta mujer y las demás, sobre el signo del sepulcro vacío que han visto; así como también, en el origen del mandato de transmitirlo a los demás y de la misión inicial que está presente en la sugerencia de volver a Galilea.

Las palabras que María Magdalena debe recordar a los demás son las que ya habían escuchado de boca de Jesús: «Pero después de mi resurrección iré delante de vosotros a Galilea» y que ahora pueden comprender plenamente. Lo importante es hacer caso a la nueva convocatoria que suponen las palabras de Jesús en el mandato de dirigirse a Galilea. Allí fueron llamados y allí comenzó todo. Es el símbolo de la actividad de Jesús. «Es el lugar símbolo del cambio de expectativas normales, donde la lógica usual se trueca por la del Reino, por ello se convierte en el símbolo de la misión, allí donde ponen en práctica lo aprendido y lo vivido por Jesús»².

Al volver a Galilea debe empezar la misión y María Magdalena, mujer pecadora, fiel seguidora de Jesús, asume este reto.

Marcos, también deja la circunstancia de la muerte de Jesús, el momento en que se entiende lo que significa el auténtico discipulado y seguimiento, al nombrar a María Magdalena entre sus discípulos. La razón de esta mención especial es poner en relación dos hechos igualmente sorprendentes, la crucifixión de Jesús y el seguimiento de las mujeres, por ser ellas las únicas que lo siguen hasta el final, siendo así, testigos de su muerte y resurrección.

Al igual que la confesión del centurión da a entender, la fe del mundo gentil que ya ha ido intuyendo a lo largo del evangelio, María Magdalena y las demás mujeres, también, están sugiriendo una novedad; la apertura del discipulado de la mujer, a la vez que se las relaciona estrechamente con su misión.

Todo esto resulta coherente con el cambio radical de valores, que propone Jesús en el anuncio del reino de Dios (8 Mc 8, 32; 9, 35; 10,37). En 9, 35 dijo: «Si alguno quiere ser el primero que sea el último»; en 10,31: «Los últimos serán los primeros». En aquella sociedad las mujeres y los extranjeros se contaban entre estos últimos. En 10, 28-31, cuando Jesús está hablando de la recompensa al desprendimiento de los discípulos, es el único en enumerar lo que recibirán.

Marcos describe, a lo largo de su obra, a las mujeres simbolizando y dando vida a valores fundamentales y constitutivos del discipulado: la fe activa, valiente, creativa, autodonación... preparando la aparición sorprendente de mujeres reales e

2. BERNABÉ, CARMEN, *María Magdalena, tradiciones en el cristianismo primitivo*, Ed. Verbo Divino, 1993, p.44

históricas en las que parecen encarnarse estos valores, las discípulas de Jesús, María Magdalena, siempre citada en primer lugar, y sus compañeras. Ellas ayudan a Marcos a demostrar que esta apertura poco usual del discipulado de Jesús es real y factible. Son ellas las que ratifican la veracidad del cambio de valores y del cumplimiento del anuncio que llena las expectativas del momento.

6. EL LIBRO DE JUAN Y MARÍA MAGDALENA

En el evangelio de Juan las mujeres desempeñan un papel significativo, que caracteriza la estructura de la obra. Los tres libros de Juan comienzan por dos episodios femeninos, en el que las mujeres tienen una misión concreta con respecto a la fe y a los misterios en Cristo. En este papel activo, dinámico y anticipador está como cabeza de lista, también María Magdalena.

- El libro de las señales comienza con una iniciativa de María ante Cristo: «¿Qué tengo yo contigo mujer? ...» (Jn 2,4) y ante los criados (2,5); a raíz de esta iniciativa se realiza la primera señal: «así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales» (Jn 2,11), que fundamenta la fe de los discípulos. También la samaritana introduce la fe en su pueblo: «Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba...» (Jn 4,39).
- El libro de la pasión, también comienza con dos episodios femeninos: las hermanas de Lázaro llevan a Jesús a ver a su hermano muerto, anticipando su propia resurrección (Jn 11, 20-32). María hace simbólicamente en casa la unción profética de la sepultura: «Jesús dijo: Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura».
- El libro de la resurrección se abre con el doble episodio de María Magdalena: ella es la primera en llegar al sepulcro y hace que los discípulos la sigan: «El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro...» (Jn 20, 1-10). Esta mujer, es la primera que ve a Jesús resucitado, y lo anuncia a sus discípulos: «Vete donde mis hermanos y diles: subo a mi padre y a vuestro padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y había dicho estas palabras» (Jn 20, 17-18).

María Magdalena recibe del mismo Cristo resucitado el encargo de ir anunciar lo

que ha visto y escuchado, al igual que la interpretación del sepulcro vacío. Es enviada junto con sus compañeras, a llevar al resto de los discípulos el mensaje de resurrección; y les recuerda las palabras que Jesús ya les había dicho y el cumplimiento de ellas, como consecuencia de la realidad presente para María Magdalena: el sepulcro vacío y que le ha sido revelado: la resurrección de Jesús. Esta mujer, junto con los otros deberán conseguir que el grupo de seguidores de Jesús se ponga en marcha hacia Galilea y recorra el mismo camino recorrido por Jesús.

Pero la misión de María Magdalena y de las otras mujeres no sólo consiste en que se pongan en marcha hacia Galilea, sino que ella, también deben hacerlo junto con todo el grupo. Ellas también están invitadas a transmitir y extender el mensaje aprendido de Jesús y quien se les manifestará de nuevo en el ejercicio de su misión.

7. CONCLUSIÓN

La función de María Magdalena no sólo en ir a anunciar la resurrección de Jesús, sino en ser discípula fiel, identidad que va adquiriendo conforme va conviviendo y acercándose a la comunidad de discípulos. Ella se mantuvo todo el tiempo vigilante y continuó siempre adelante a pesar del miedo y de las dificultades, pues hasta los discípulos más fieles sintieron temor ante la tarea asignada: llevar no sólo el testimonio de la resurrección de Jesús, sino también el testimonio encarnado con su ejemplo y vida cotidiana.

La comunidad de seguidores de Jesús se pudo identificar con María Magdalena y con los demás discípulos, para asumir conjuntamente la responsabilidad de multiplicar la palabra y de seguir la misión.

Las mujeres, en los evangelios, son presentadas como paradigmas de discipulado. Ellas también tienen miedo y no dicen nada a nadie, se presentan como discípulas falibles, con la resurrección no termina todo, incluso aquellos que permanecen hasta el final, tienen la posibilidad de fallar.

Jesús asume una actitud nueva ante las mujeres, así lo atestiguan los evangelios. Acoge a mujeres y hombres sin discriminaciones estableciendo entre ellos una igualdad personal.

Las palabras de Jesús, su testimonio y práctica presenta las características del reino

instaurado por él: las mujeres y los hombres son invitados a entrar en el reino con los mismos derechos.

Jesús mira a las mujeres de manera nueva, las llama a ocupar un sitio nuevo en la nueva comunidad; es así, como las libera, desde el interior, invitándolas sin discriminaciones a recibir la palabra y el don del reino.

[...] A mí me recuerdan como pecadora arrepentida, aquella de la que Jesús sacó siete demonios y también me recuerdan como alguien que lo amó tanto, hasta la locura. Creo que no fui la única persona pecadora perdonada, ni la única que lo amó tanto; sólo que por ser mujer a mí me señalaban por ambas cosas, pero lo que sí es cierto es que acompañé a María y a Jesús en el trance más amargo de sus vidas.³

3. ARQUIDIÓCESIS DE POPAYÁN, EQUIPO DE COMUNICACIONES, *Diario de María Magdalena* (s.r).